

LA DERECHA SALVAJE

HAY una derecha montaraz, hay una derecha que mata y se cuestra, que comete entre otras infamias la de disfrazarse de izquierda; hay un fascismo que se llama antifascista. Y se cuestra y mata, con o sin disfraz. Mata por vocación antigua, mientras acusa de asesinos a sus víctimas. Lo que esta derecha salvaje está pretendiendo es provocar a la otra derecha, a la posibilista, a la que ocupa el Gobierno y está intentando dar un aspecto de civilización y de normalidad al país.

La derecha que mata en Montejurra o en la calle de la Estrella, de Madrid, con su aspecto internacional de italianos o argentinos de las AAA, o con el disfraz del GRAPO, está acorralando al Gobierno. Está tratando de que el Gobierno no pueda seguir con el camino de la democratización que ha emprendido: está intentando alzar a los defensores de la ley y el orden a que no reflexionen sobre el origen de las rupturas de ley y orden. Cuando no les ha bastado con el secuestro del señor Oriol y Urquijo han acudido al de un teniente general. Se ve muy de lejos la maniobra. Se ve que es una provocación contra un Ejército que está asegurando estos días su vocación de neutralidad y de servicio, al poder civil y a la legalidad constituida. No es lógico que nadie en este Ejército ni fuera de él caiga en la trampa. En pura y buena razón, la provocación sólo puede estar engañando a quienes están ya engañados, a quienes quieren creer en ella por encima de todo.

Al mismo tiempo está provocando a la izquierda con sucesos como el de la calle de la Estrella, de Madrid, para que ésta se alce indignada y produzca nuevas situaciones de violencia que, siendo de respuesta, podrían ser fácilmente interpretadas —por quienes tienen suficientes instrumentos de interpretación— como actos subversivos.

Sólo el Gobierno, y las fuerzas a sus órdenes, puede acabar con esta situación. El Gobierno, que prohíbe con tanta energía y tanta celeridad los actos y las manifestaciones de la izquierda, tiene que emplear toda su fuerza en la supresión de estas manipulaciones de la derecha salvaje. No puede admitir que en puestos de responsabilidad y de arbitrio puedan seguir estando sus propios enemigos:

no puede tolerar por más tiempo la subversión desde el interior.

Hay que desmontar rápidamente los mecanismos de una derecha asesina. Hay que reducir el bando de los asesinos, sea cual sea su procedencia. Debe aclarar todo lo que sabe, incluso todo lo que sospecha, sin detenerse demasiado tiempo en pesar y medir sus actos, porque no le va a dar tiempo.

De otra forma, todo el edificio que está montando cuidadosamente para conservar el poder sobre una terminología y unas bases democráticas se va a venir abajo antes de tiempo.

Hay una derecha nacional enteramente respetable, cuyas opiniones y cuyos sistemas de sociedad no compartimos, pero cuya posición comprendemos. Es esta misma derecha la primera que debe alzarse contra quienes profanan su nombre y la hacen aparecer con unas vestiduras que no son las suyas.

Es del Gobierno, y precisamente de este Gobierno que preside don Adolfo Suárez, y del Jefe del Estado, de quienes tenemos que esperar todas las medidas que aseguren la paz y la convivencia ciudadanas, y la elaboración de leyes que conduzcan, con la mayor celeridad posible, a un sistema que excluya totalmente la violencia y que lleve el enfrentamiento político al único campo deseable: el del Parlamento, el del enfrentamiento dialéctico, el de la busca de las medidas posibles dentro de la diversidad nacional. Pero esta elaboración de las leyes nunca será posible si el orden público deja de detenerse en lo aparente, que son unas manifestaciones o unos actos públicos, y llega a lo profundo, que es el cáncer que hay en su propia entraña.

Don Adolfo Suárez ha dado suficientes muestras de serenidad en los últimos meses para que podamos seguir confiando en él, y en su capacidad de persuasión para quienes constituyen el núcleo del poder. Pero la serenidad no consiste siempre en la impassibilidad. A veces hay que perderla, y a veces hay que jugarse algo más que un puesto en la Historia para llegar al dominio absoluto de las circunstancias. La serenidad del Gobierno no es sólo la de un semblante: es la necesaria para enterarse dónde están sus verdaderos enemigos, qué es lo que pretenden y saberlos combatir. ■

UNA IMPOSIBLE GUERRA CIVIL

EN la mañana del domingo 23 de enero, un estudiante de diecinueve años cala asesinado en la calle Silva, de Madrid, víctima de los disparos de un guerrillero de Cristo Rey. El lunes 24, un teniente general del Ejército español, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, era secuestrado a la salida de su domicilio. Estos hechos, unidos a otros que les precedieron inmediatamente y a la resurrección con fines de excitación a la violencia de episodios trágicos acaecidos hace cuarenta años, tienen una finalidad clara y un objetivo concreto: desestabilizar al Gobierno y hacer totalmente imposible el tránsito hacia una situación plenamente democrática. Respaldo su acción, gentes interesadas —amigos, simpatizantes, cómplices tal vez de los autores de los hechos terroristas— amargan la vida del sufrido pueblo español con los más siniestros augurios. Los profetas del llanto, los Jeremías y

las Casandras, tan abundantes en nuestro país, se divierten anunciando la proximidad de una nueva contienda civil. Aunque conocemos de sobra los motivos y la finalidad perseguida por sus apocalípticos presagios, no estará de más salirles de una vez para siempre al paso y decirles de una manera contundente que en España no es posible una nueva guerra civil por tres poderosas y definitivas razones. Estas:

Primera: El pueblo español, con la sola excepción de una insignificante minoría, no admite, ni siquiera como hipótesis disparatada, la posibilidad de un nuevo enfrentamiento armado y fratricida. En este punto concreto coinciden derechas e izquierdas, monárquicos y republicanos, vencedores y vencidos en anteriores contiendas, convencidos todos de que una guerra civil es la más imperdonable de las torpezas y la más angustiosa de las calamidades. Una guerra civil —cualesquiera que sean las maniobras,

pretextos y argucias con que se nos quiera empujar a ella— es absolutamente imposible contra la voluntad inteligente y decidida del novecientos noventa y nueve por mil de todos los habitantes del país.

Segunda: Una guerra civil presupone e implica dos bandos más o menos equilibrados, no sólo en número, sino en armamento. Cuando uno de los presuntos bandos tiene todas las armas y el contrario ninguna, podrá darse cualquier situación, excepto que estalle una guerra civil.

Tercera: Si la autarquía económica es totalmente imposible en el mundo de hoy, las guerras civiles sólo son posibles cuando las grandes potencias o los países vecinos están vitalmente interesados en ellas. En 1936 fue posible la guerra civil en España por el violento enfrentamiento entre Francia e Inglaterra de un lado y Alemania e Italia del otro, que ya preparaban la se-

gunda conflagración mundial. De no ser por ello, los sucesos de España no hubieran pasado de un alzamiento o una revolución, fracasados o triunfantes, pero que en cualquier caso no habrían durado arriba de dos semanas. En 1977 ni las naciones anteriormente citadas, ni menos aún USA y URSS, tienen el menor interés en una guerra civil en el occidente europeo, como hace poco vimos claramente en el caso de Portugal. Y bastaría esta razón, si no existieran las dos anteriores —fundamentalmente, para todo el mundo— para que, afortunadamente, no exista posibilidad alguna de guerra en España.

Esta es la realidad escueta, al margen y por encima de terrorismos reaccionarios y vaticinios tan interesados como catastróficos. Como Guiradoux en una famosa comedia, los españoles podemos afirmar hoy que, diga lo que diga la Casandra de turno, "no habrá guerra de Troya". ■ E. DE G.